



El especial de *ideele* por los primeros veinticinco años del Instituto de Defensa Legal podría haber consistido en un balance entre logros y debilidades, y terminar con típicos desafíos, junto con artículos pretenciosos –desde Sabina hasta Tongo, pasando por Mandela–, para que se note lo alto que hemos llegado. Podríamos haber promovido toda clase de saluditos de amigos y hasta enemigos, manteniendo –eso sí– el equilibrio entre famosos y representantes de la gran variedad de excluidos del país. Habríamos terminado con emotivos agradecimientos y hasta algo de mea culpa, para demostrar capacidad de autocrítica.

La idea nos tentó. Es que toda persona, por el solo hecho de serlo, tiene derechos de los que nadie puede ser discriminado (derechos humanos) pero también, por lo mismo, defectos (naturaleza humana).

Pero la lucidez primó, y decidimos hacer, sí, un especial, pero en la línea de siempre: información, análisis y propuesta (esta vez, fundamentalmente, sobre los dos años de García II), siguiendo lo que llamamos pedantemente en joda, "cultura IDL": clara posición frente a nuestros temas, pero fomentando la pluralidad y marcando también los límites de lo intolerable.

Reconocemos que el producto es –siguiendo también nuestra tradición– de una insoportable densidad, porque todos los temas que seguimos son heavy-metal, pero no por no apreciar lo lúdico, sino porque estos son los que debemos abordar para cumplir nuestra razón de ser y estar institucional. Contribuye a lo mismo el que casi siempre recurramos al tono de aguafiestas, porque es objetivo que lo que nos rodea generalmente no merece aplausos o complacencia. Créannos que tratamos de aligerar esa dosis de realidad a la vena, metiendo al mismo tiempo todo lo que se puede de humor y estética.

Tenemos la satisfacción haber visto, a lo largo de este cuarto de siglo, inmensos avances en lo que trabajamos; incluso mucho más de lo que imagina-

mos en nuestro clímax de optimismo. Sin embargo, no hay más que mirar al costado para darnos cuenta de que todo es absolutamente insuficiente, y que lo avanzado puede diluirse en un dos por tres.

Si algún valor institucional apreciamos especialmente es –usando una expresión muy borgiana– no haber nos traicionado nunca. Estamos satisfechos con lo realizado, pero estamos seguros de que todavía están por venir nuestros principales y mejores partidos.

El tráfico de Lima

Recurrir a la comida como metáfora de lo mejor de nosotros mismos es un clásico. Como lo es el tráfico de Lima como metáfora de lo peor. Y eso que esta última se acuñó antes del infierno en que se ha convertido el tráfico limeño durante los últimos meses. Fiel reflejo de nuestro aquí y ahora.

El impresionante caos generado parece deberse a que muchas municipalidades están arreglando pistas y veredas simultáneamente, porque el Estado les ha dado recursos para que lo hagan. Y así, cuando en noviembre lleguen todos los visitantes a la Cumbre del APEC, pareceremos un país decente y no Lima la horrible.

Tantas preguntas: ¿Por qué no explicar qué pasa? ¿Gastar así los recursos que hoy tenemos es una prioridad? ¿Cuánto se ha gastado? ¿Cómo se ha asegurado que no haya mala obra y corrupción? ¿Y por qué a último momento? ¿Y por qué todos a la vez? ¿Y por qué no la mínima coordinación entre alcaldes? ¿Y por qué no hacer un plan mínimo? Igual que en todo.

Para que los invitados del APEC les den unas palmaditas a García y compañía por lo bonitas que vieron las calles de los mejores barrios de Lima durante los minutos que pasaron por ellas, no tuvieron ningún inconveniente prácticamente torturando a miles y miles de ciudadanos durante meses. Ese es el (mal) trato que nos dan las autoridades que elegimos.